11574

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

UN CERO A LA IZQUIERDA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS COCAT Y HELIODORO CRIADO

MADRID
EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.°
ARREGUI Y ARUEJ
Greda, 15, bajo
1892

UN CERO Á LA IZQUIERDA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS COCAT Y HELIODORO CRIADO

Representado por primera vez con extraordinario éxito
en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 10 de Marzo de 1892
por la compañía de

MARÍA A. TUBAU

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/uncerolaizquierd11821coca

AL DISTINGUIDO ACTOR CÓMICO

Don Ricardo Manso

tienen el gusto de dedicarle este juguete, como testimonio de consideración y cariño, sus invariables amigos

L. Cocat y H. Criado

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANACLETA.....	Sra. D.ª Josefina Alvarez.
GUADALUPE.....	Rosario Pino.
AVELINO.....	Sr. D. Ricardo Manso.
OCTAVIO.....	Gerardo Peña.
BENITO.....	Demetrio Osuna.
RAMON.....	Federico Gonzálvez.
BERNARDO.....	Felipe Sánchez Calvo.
DOS CRIADOS.....	N. N

La escena tiene lugar en una antigua propiedad señorial cerca de Avila
Epoca actual

Por derecha é izquierda entiéndase las del público

ACTO ÚNICO

La escena representa una sala amueblada y decorada al estilo antiguo.—Puerta al fondo y laterales.—Ventana lateral izquierda.—La acción comienza al terminar el día.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN y BERNARDO

RAM. (Reuniendo junto á unas maletas otros objetos de viaje.) ¿Conque ya está todo preparado, eh?

BER. Sí, señor Ramón. ¡Qué lástima! tan pocos días...

RAM. (Sentándose en una butaca y encendiendo un cigarro.) El señor Conde se aburre aquí, y es natural. Echa de menos la vida de París, sus amigos... (y sobre todo las amigas).

BER. Pues en los ocho días que lleva en la quinta, no le ha ido tan mal...

RAM. Para un joven de su clase y su posición, esto es insoportable. Aquí no hay medios de divertirse, ni por el dinero; no hay en qué gastarlo. Créame usted, Bernardo; esto no es para nosotros. (Dándose importancia.)

BER. ¡Vaya por Dios! No decía eso la difunta señora Condesa. Entre sus paseos á Avila, á sus haciendas y las limosnas...

RAM. Toma, toma... En fin; ya va cayendo la

609118

tarde y el señorito no tardará en llegar de la caza.

BER. ¿Ah, salió de caza? (Con alegría.)

RAM. ¡Sí; y que se habrá divertido! Es la primera vez desde que estoy á su servicio que le he conocido semejante ocurrencia.

BER. Pues verá usted cómo le ha gustado; vaya. De fijo que ya no se marcha mañana.

RAM. Por si acaso, no dejemos nada por hacer.

BER. En esa parte puede usted estar tranquilo.

RAM. ¿Habrá usted advertido á los arrendatarios que pronto necesitaremos dinero?

BER. Sí, señor, sí.

RAM. A propósito; ¿avisó usted á doña Anacleta?

BER. También. La puse un telegrama de parte del señor Conde diciéndola que viniera con su hija y el yerno, hoy mismo. Acaso lleguen esta noche.

RAM. Perfectamente. (¿Para qué los querrá?) (Suena una campana en el exterior. Bernardo mira por una ventana al escucharla.)

BER. El señorito.

RAM. ¡Canastos! (Levantándose de un salto y tirando el cigarro. Se dispone á presentarse al conde respetuosamente. Bernardo vase por el fondo riendo á hurtadillas de Ramón.) A ver qué trae; como no haya cazado algún zagalejo redondo...

ESCENA II

RAMÓN, OCTAVIO, que llega en traje de caza y arrastrando la escopeta con muestra de cansancio. Ramón se apresura á despojarle del morral, cartuchera, etc.

RAM. Buenas noches, señorito.

OCT. Ay, Ramón, vengo derrengado.

RAM. ¿Y el morral vacío?

OCT. Ya lo ves; y traigo la escopeta por una casualidad. Si no hubiera sido de mi padre, me dejo ese recuerdo de familia arrimado á un árbol, porque ya me iba cargando mucho.

RAM. (Sí, ya lo decía yo).

OCT. Decididamente, mañana nos volvemos á

París, Ramón. Aquí ya no tengo nada que hacer.

RAM. ¿Se olvida el señorito de doña Anacleta y sus hijos?

OCT. No; espero que vengan en el correo de esta noche; si no, sentiría no verlos.

RAM. Ya se les telegrafió. Parece que tiene usted en mucha estima á esa familia.

OCT. Sí, hombre, ya lo creo. La hija de doña Anacleta, Guadalupe, es ahijada de la Condesa, mi madre. La quería mucho, y con frecuencia pasaba aquí largas temporadas, que recuerdo con deleite. Yo era por entonces un mozalvete y... Guadalupe prometía; era muy bonita.

RAM. Pues ha cumplido, según dice Bernardo; porque está más guapa cada día.

OCT. ¿De veras? (Con alegría y reponiéndose en seguida.) Bueno; pues mi madre prometió dotarla el día que se casara. Su muerte impidió cumplirle la promesa; yo me olvidé en París de ello; pero ahora lo he recordado y quiero cumplir la voluntad de mi madre.

RAM. Muy bien pensado.

OCT. Lo que siento es que Guadalupe se haya casado ya. Hubiera querido elegirla yo un marido á mi gusto.

RAM. ¡Caramba, señorito!

OCT. No seas malicioso. Es que siendo tan bonita, tan lista y tan bien educada, porque mi madre cuidó de ello, habrá tenido quizás que sacrificarse á un hombre que no sepa apreciar sus bellas cualidades.

RAM. Si ella sabe distinguir...

OCT. Eso sí, tenía buen gusto; la agradaba... yo, por ejemplo, por mis maneras, mis atenciones... siempre cariñosas...

RAM. No es extraño; eso le sucede á usted con todas.

OCT. ¡Ah, pero de todas á ella!... Vaya, ven á quitarme esta ropa.

RAM. (¡Ay, mucho se acuerda de Guadalupe!... ¿Si me hará deshacer las maletas?) (Vánse primera izquierda.)

ESCENA III

BERNARDO, á poco GUADALUPE, ANACLETA y AVELINO

BER. (Entrando con luces que deja apresuradamente sobre un mueble, yendo en seguida á mirar por la ventana.) Me parece haber oído el ruido de la diligencia; deben ser ellos. (Suena la campana del exterior.) Sí, ellos son; me alegro. A ver si le quitan al señorito la idea de marcharse tan pronto, porque sabe Dios cuándo le volveré á ver; eso, si antes no se lleva el diablo esta finca, porque ¡ese París se le traga tanto dinero!... (Yendo á la puerta del fondo.) Por aquí, doña Anacleta, por aquí.

ANAC. Bernardo... (Abrazándose.)

BER. Hola... Guadalupe... (A Avelino.) Adelante, señor mío.

ANAC. Mírale. (A Guadalupe señalando á Bernardo.) Hecho un muchacho...

BER. Lo que es eso... Temía que no vinieran ya.

ANAC. ¡Eso faltaba!... Pues por poco perdemos el tren, y por culpa de ésta, que no acababa de colgarse moños.

BER. (¡Vaya si está guapa!) Ea, descansen un ratito. Voy á avisar al señor.

ANAC. ¿Sin cumplidos, eh? Bernardo, nosotros somos de casa.

ESCENA IV

DICHOS, luego BERNARDO

ANAC. (A Guadalupe y Avelino, que distraídos miran cuanto les rodea.) Chist, muchacha...

GUAD. Mamá.

ANAC. A ver si no os embobáis ahora.

GUAD. Si es que miraba... que todo está igual que cuando venía á ver á la madrina.

ANAC. Bueno, pues déjate de fisgoneos y á lo que estamos. Tú, Avelino, ¿te acordarás bien de tu papel?

AVEL. Por las veces que me lo ha repetido... A mí no se me olvida nada, salvo las deudas. Yo vengo en lugar de Benito, para hacer creer al conde que soy el marido de mi prima Guadalupe.

ANAC. Eso es; ahora, cuidadito conque se te escape.

AVEL. ¿Quién, Guadalupe?

ANAC. ¡Qué estúpido! No digo eso. ¡A que la echas á perder!

AVEL. ¡Tía, ni lo uno ni lo otro!

ANAC. ¡Dios quiera! ¿Y tú? (A Guadalupe, que se abstrae pensativa.)

GUAD. ¿Yo? Haré todo lo que sea menester para probar que Avelino es mi marido.

AVEL. Ajajá; eso, eso.

ANAC. Bueno, pues mucho ojito con distraerse.

AVEL. Lo que es por mí...

GUAD. Y por mí...

BER. (Saliendo.) Ya le he dicho que están aquí. No tardará... (Vase por el fondo.)

ANAC. Ya os habréis hecho cargo de que no tengo la culpa de esta farsa. Hé ahí lo que resulta de tener un marido ambulante de Correos. Cuentas con él para algo, y á lo mejor tiene que ausentarse en cumplimiento del servicio, y te quedas á pié.

AVEL. Lo que yo digo; eso es tener un marido... retirado de la circulación.

GUAD. Bueno, la cuestión es salir del paso, y para el caso, Avelino...

AVEL. Claro; mientras haya primos en el mundo...

ANAC. Como me figuro que el conde nos llama para darnos tu dote, y Benito está en Cuenca, la verdad, no era cosa de desperdiciar la ocasión.

AVEL. Pues nada, ya estamos aquí. Yo soy Benito, el marido de Guadalupe, y ¡venga de ahí!

ANAC. ¡Avelino!

AVEL. Venga... la dote, tía.

GUAD. Yo creo que no hacemos nada malo con esta sustitución.

AVEL. Tonta, ¿quiéres callarte? Al revés.

ANAC. (Sí, mejor impresión le hará este al conde que Benito.) Nada, en cuanto nos vea nos

dará el dinero, y en seguida nos marchamos. De consiguiente, tu papel no durará mucho tiempo.

AVEL. Eso será lo que sienta, mire usted. Ojalá que me durase hasta mañana siquiera.

ANAC. ¿Sí? entonces sí que la echabas á perder.

AVEL. ¡Y dále!...

GUAD. Mamá.

ANAC. ¿Qué?

GUAD. Si Benito llegara á saber que Avelino ha venido en su lugar.

ANAC. ¡Qué ocurrencia!

GUAD. Como es tan celoso.

AVEL. Pues tendremos un desafío. ¿Y qué? Yo tiro todas las armas.

ANAC. ¿A dónde? (Con sorna.)

GUAD. Cállate, Avelino.

AVEL. Es que le mato. Y luego me caso contigo de veras.

ANAC. Más valdrá que no lo sepa.

GUAD. Ay, pues no hemos pensado en lo peor.

AVEL. ¿En qué?

GUAD. Que ahora te tomará el conde por mi esposo; pero, ¿y si á otra vez ve á Benito?

AVEL. Pues, es verdad.

ANAC. Cállate, boba. ¿Crées tú que para otra vez se acuerda de la cara de éste? No vale la pena recordar ciertas cosas.

AVEL. Tía, tía...

ANAC. Y que sabe Dios cuándo volverá. Ea, no tengas cuidado, que aquí estoy yo y respondo de todo.

AVEL. (Bueno, pues de mí, responda el cielo, yo no.)

ESCENA V

DICHOS. OCTAVIO seguido de RAMÓN; éste atraviesa la escena y vase por el fondo, mirando con curiosidad á los llegados

OCT. ¡Guadalupe! (Abrazándola.)

GUAD. Octavio...

OCT. Anacleta... (Abrazándola también.)

ANAC. ¡Vírgen de la Chopa! Está usted hecho un hombre.

OCT. ¡Apriete usted, caramba!

ANAC. Ay, Dios le bendiga.

OCT. Pero, déjame que te vea, Guadalupe. (Separándola.) Estás guapísima, hecha una real moza.

GUAD. Muchas gracias...

OCT. Y vamos á ver. ¿Quién se ha hecho dueño de esta prenda?

ANAC. Mírelo usted ahí. Acércate, Avelino.

OCT. Hola, ¿es usted?

AVEL. El mismo, señor conde. (Saludando y dándole la mano.) Avelino Baticola, perito mercantil, profesor de acordeón, y biciclista, para lo que usted guste mandar. (Octavio se inclina.)

OCT. (No parece mal chico.) Pero, sentémonos... (Lo hacen.) ¿Y le quiéres mucho? (A Guadalupe.)

GUAD. ¿Yo?...

ANAC. Contesta, hija.

GUAD. Pues sí, con toda mi alma.

AVEL. Como yo á ella.

OCT. Bravo, Avelino. Le doy la enhorabnena. (Dándole la mano.)

ANAC. (¡Un pellizco le daría yo! Se está extralimitando...)

OCT. Debe usted ser un hombre feliz.

ANAC. Ya lo creo, y si díjera otra cosa, mentiría; la prueba es que desde que están casados no han reñido ni una vez.

AVEL. ¡Qué hemos de reñir! Mimitos por aquí, caroquitas por allá, y tortoleo en cuanto mamá vuelve la espalda; ¿verdad, Guadalupe?

GUAD. ¡Avelino!...

ANAC. (¡Jesús, qué demonio!)

OCT. Já, já... magnífico. ¡Eso me gusta! Resulta un matrimonio modelo.

ANAC. Lo que es por esa parte...

AVEL. (¡De pega legítimo!)

OCT. Vaya, pues no saben ustedes lo que me alegro. Así voy á tener una doble satisfacción al cumplir la voluntad de mi madre. (A Guadalupe.) Ya sabes lo mucho que te quería y

que su gusto era elegirte marido; pero de seguro que no hubiera hecho mejor elección.

AVEL. Crea usted que no, señor conde.

OCT. Anacleta, yo, la verdad, temía, antes de conocer á su yerno, que hubiera usted casado á Guadalupe con algún tipo de esos que abundan, desconfiado, celoso.

GUAD. (¡Uy! el retrato de Benito.)

ANAC. ¡Calle usted por Dios!

OCT. Lo hubiera sentido.

AVEL. ¿Pues y yo?

OCT. No lo dudo. Pero, en fin, ya veo que mis temores eran infundados, y con gran placer voy á entregarles la dote ofrecida. (A Guadalupe.)

GUAD. Es usted muy bueno.

OCT. La mereces, y mucho más. Mañana, antes de marchar, mi mayordomo les entregará la suma en cuestión.

ANAC. ¡Mañana! (Contrariada.)

GUAD. (Mañana.) (Sorprendida.)

AVEL. (¡Bendito sea tu pico!) (Alegre.)

OCT Sí, mañana mismo.

ANAC. Es el caso que yo... pensaba que nos volviéramos esta noche á Madrid.

OCT. ¡Qué locura!

AVEL. Dice bien el señor conde, es una locura. (Anacleta le mira con indignación.)

OCT. ¿A qué darse tan mala noche? La pasarán aquí conmigo.

AVEL. Sí, señor, sí; con mucho gusto. (Octavio pide aparte á Guadalupe su asentimiento. Esta manifiesta no ser voto.)

ANAC. (¡Me he lucido!)

AVEL. (Así haré de marido hasta mañana.)

ANAC. Francamente, no contaba yo... Crea usted que me precisa volver esta noche á casa.

OCT. Pues sola no se va usted á ir ya, ¿verdad? (Mirando á Avelino y Guadalupe.)

AVEL. Yo, si se empeña, no me opongo.

ANAC. (¡Habrá pelele!)

OCT. Nada, nada; está decidido. ¿No es así, Guadalupe? Cenaremos en familia.

AVEL. Sí, señor, y dormiremos... en familia.

ANAC. (¡Le voy á estrangular!)

OCT. Ea, voy á dar mis órdenes para que nos preparen la cena, y las habitaciones para ustedes. (Octavio se levanta.)

AVEL. Eso, sobre todo las habitaciones...

OCT. Estoy, estoy en ello. (Con intención.) ¡Oh, afortunado mortal! (Dándole golpecitos en el hombro.) Con que ya saben que están en su casa, ¿eh? Libertad completa. (Vase.)

ESCENA VI

GUADALUPE, ANACLETA, AVELINO y á poco BENITO

ANAC. (Avalanzándose á Avelino y cogiéndole por las solapas.) ¡Mira, si no fuera por dar un escándalo, te ahogaba!

AVEL. ¡Pero, tía!

ANAC. ¡Calle usted, sinvergüenza! ¡Mequetrefe!

GUAD. Vamos, mamá.

ANAC. ¡Ay! á mí me va á dar algo... ¡tifus! ¡garrotillo!

AVEL. ¡A su edad! ¡Esto sí que está bueno! Trás de que se toma uno interés...

ANAC. ¡Ni tanto ni tan calvo! ¿Te parece bien que nos quedemos aquí hasta mañana?

AVEL. Eso digáselo usted á él.

GUAD. Ya ves, insistía tanto...

ANAC. Ese es el que ha dado lugar...

AVEL. Yo no hago un feo á un caballero; la cortesía es lo primero. Y además, como marido de Guadalupe, sea como sea, quiero congraciarme.

ANAC. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué complicación! (Voces en el interior entre Benito y Bernardo.)

BEN. (Dentro.) Le digo á usted que soy de la familia.

GUAD. ¡Cielos, Benito! (Llegando á su encuentro. Bernardo convencido, desde la puerta, vase.)

BEN. ¡Guadalupe!... Hola... (Entrando.)

ANAC. ¡Hola!... (Con desaliento.)

GUAD. ¡Hola!... (Idem.)

AVEL. ¡Hola!... (Idem.)

ANAC. ¡Dios mío, esto sólo nos faltaba!

AVEL. (¡Nos hemos caído!)

BEN. Ya sabía yo que os encontraría aquí. (Alegre.)

GUAD. Ay, Benito...

ANAC. Pero, ¿cómo has venido? Habla, contesta.

BEN. Muy sencillo. Salí de Cuenca en sustitución de un compañero que se puso enfermo, y claro, llegué hoy, en lugar de mañana, á Madrid. Ví en casa el telegrama, la portera me contó lo demás, bajé á la estación, monté en el último tren y aquí estoy. ¿Llego á tiempo?

ANAC. Ya, maldita la falta que haces.

BEN. ¡Caracoles! ¡Vaya un modo de recibirme!

AVEL. (¡Y luego dicen que los trenes descarrilan!)

GUAD. No sabes el apuro en que nos pones con haber venido.

BEN. Pero, ¿qué estáis diciendo?

ANAC. Y al llegar aquí, ¿qué has preguntado?

BEN. He preguntado si estaban doña Anacleta y su hija.

ANAC. ¿Nada más?

BEN. Nada más.

GUAD. Menos mal.

ANAC. Pues mira, Benito, voy á pedirte un favor.

BEN. ¿Qué quiere usted?

ANAC. Que te vayas.

BEN. ¿Irme? (Estupefacto.)

ANAC. Pero en seguida, á una fonda, á una posada; métete por ahí, en cualquier parte.

AVEL. Lárgate, primo; te conviene, créeme á mí.

BEN. Ea, pues no me dá la gana. Más claro... (Con resolución.)

AVEL. (¡Será estúpido!)

GUAD. Es que...

ANAC. ¡Jesús, qué sofocación!

BEN. ¿Os estorbo? Mejor, yo no me voy.

ANAC. No es por eso, hombre. Mira... en fin, mañana lo sabrás todo; pero vete en seguida.

BEN. A mí no me venga usted con misterios. Yo puedo estar donde esté mi mujer.

TODOS ¡Chist! (Tapándole la boca.)

ANAC. ¿Quiéres callarte, condenado? (Será menester decírselo, porque si tira de la manta...)

GUAD. Sí, mamá; es mejor. (A Benito.) Eres tan testarudo...

BEN. Si no soy más que eso...

ANAC Has de saber que Avelino pasa aquí por el marido de Guadalupe.

BEN. ¿Y Guadalupe?..

AVEL. Por mi mujer. (Con aplomo, y dándose tono.)

BEN. ¡Por tu!.. ¡Si quieres que te reviente!.. (Yéndose hacia él.—Avelino huye.)

AVEL. ¡Eh, poquito á poco! ¿Qué confianzas son esas? (¡Pues hombre!)

ANAC. Ven acá, atiende. (Sujetándole.)

GUAD. Benito, escucha.

BEN ¿Mi mujer de otro?

ANAC. Oye, hombre, oye Si es una farsa que hacemos por necesidad.

AVEL. Y debes agradecérmelo.

ANAC. Como tú estabas fuera, y el Conde se vuelve mañana á Paris, si no venimos, Dios sabe cuándo hubiéramos cogido la dote. Avelino estaba en casa, y se me ocurrió que nos acompañara en tu lugar. Esto es todo.

BEN. Pero ahora estoy yo aquí, y eso se arreglará como Dios manda.

AVEL. A buena hora. Si ya nos ha visto el Conde.

BEN. ¿Y te ha tomado por mí?

AVEL. Naturalmente.

BEN. Entonces, ¿qué soy aquí yo?

AVEL. Un cero á la izquierda.

BEN. ¡Pues como me pase á la derecha!...

ANAC. Vaya, basta de matemáticas, y á lo hecho, pecho. (A Benito.)

GUAD. No tengas cuidado, que todo esto no es más que hasta mañana.

BEN. ¡Cómo hasta mañana!..

GUAD. Porque Octavio se ha empeñado en que nos quedemos aquí esta noche.

BEN. ¡Eso sí que no lo paso!

ANAC. ¡Por Dios, Benito, cálmate! Considera que si se entera de que le hemos engañado, entonces... ¡adiós mi dinero!

BEN. No, el mío. Usted no tiene nada que ver...

ANAC. ¡Jesús, qué hombre este!

GUAD. ¡Qué compromiso!

AVEL. Pues lo vas á echar á perder todo.

ANAC. Por perdido.

BEN. Vamos á ver: ya que arregla usted tan pronto las cosas, ¿por qué no inventa usted algo para que yo me quede también?

ANAC. ¡Ay, no hijo! Por cualquier descuido serías capaz de descubrirlo todo.

AVEL. Y dabas un espectáculo, de fijo.

GUAD. ¡Ay, se me ocurre una idea!

BEN. ¿A ver?

GUAD. Te puedes quedar, pasando por primo.

ANAC. ¡Uy, entonces!..

AVEL. (¡Será tonta!)

BEN. No, pues no está mal pensado. ¿Pero me lo conocerá?

AVEL. Quiá, hombre; si tienes cara de primo.

BEN. Pues lo seré. Esto es lo que yo quería.

ANAC. Mira, Benito; no te equivoques, ¡por Dios!

BEN. Como no sea ese el que se equivoque... (Por Avelino.)

ESCENA VII

DICHOS y OCTAVIO, después RAMÓN

OCT. Vaya, todo está arreglado. Hola, este joven... (Al ver á Benito.)

ANAC. Nadie, no es nadie.

OCT. ¿Cómo nadie?

GUAD. Es mi primo Benito.

BEN. Servidor de usted, primo de...

AVEL. (Detente mientras cobro.)

OCT. Ya; tengo mucho gusto en conocerle. (Dándole la mano.)

BEN. Muchas gracias.

ANAC. Vive aquí en Avila, y al saber que veníamos ha dicho: pues yo también quisiera saludar al señor conde.

BEN. Justo, yo tenía ese deseo...

OCT. Y yo le agradezco la atención.

ANAC. Bueno, puesto que ya has saludado á este caballero... puedes irte ya.

OCT. ¿Irse? No faltaba más. Ya es tarde. Avila

está distante, y no debo permitir... Si no tiene inconveniente, puede quedarse también á cenar y dormir.

BEN, Lo estimo mucho, señor conde, y si no le causo molestia...

OCT. Ninguna.

BEN. Pues me quedo.

OCT. Perfectamente. (Llama con un timbre y se presenta Ramón.)

AVEL. (¡Vamos á estar como tres en un zapato!)

ANAC. (A Benito.) Te saliste con la tuya.

BEN. ¿Soy yo tonto?

OCT. (A Ramón.) Ramón, necesitamos otra cama. (Indicando á Benito.)

ANAC. Este duerme en cualquier parte.

RAM. Lo malo es que no hay más en la casa.

AVEL. (Pues á la cuadra.)

RAM. Como no sea en el pabellón del jardín. Allí hay una; la del guarda que se marchó.

ANAC. Pues allí mismo.

AVEL. Sí, señor, sí; estará divinamente.

RAM. Ya lo creo; algo retirado...

AVEL. (Mejor que mejor.) (Octavio interroga á Benito, este muestra conformarse.)

RAM. (A Benito.) Solo no estará usted. Al lado duermen los perros.

BEN. (¡Vaya una compañía!)

OCT. Y estará usted bien guardado. Son cinco fieras, con la oreja más fina...

AVEL. (Ya les daría yo un recadito, si me entendieran.)

OCT. En fin, la noche pronto se pasa, y aunque no estemos bien del todo... Por supuesto, que esto no reza con el matrimonio; no cometeré la crueldad de separarlo..

AVEL. Muchísimas gracias... (Benito, por llamarle la atención, tose repetidamente, viendo que Octavio habla animosamente con Avelino, y este se muestra gozoso, haciendo partícipe á Guadalupe de las atenciones de Octavio.)

GUAD. (¡Estoy en áscuas!)

ANAC. (¡Este se vá á despotricar!)

OCT. ¿Qué es eso, Benito? ¿Quiere usted agua?

BEN. No... no, señor; esto se pasa. Yo toso siempre.

AVEL. Sí, es un catarro de familia.

ANAC. (A Benito.) Mira, ya que Ramón está aquí, que te enseñe dónde está el pabellón, y así le ahorras ese trabajo luego.

OCT. Es verdad. (A Ramón.) Anda, guíale. Y usted, Anacleta, vea si las habitaciones de ustedes están á su gusto. (Dándola paso por la primera derecha.)

BEN. Avelino, ¿vienes? (Deteniéndole cogido por el faldón.)

AVEL. ¿Yo? ¿Para qué?

BEN. Te paseas... Veremos el jardín.

AVEL. Está obscuro, y...

GUAD. Anda, acompáñale. (Siguiendo á Anacleta.)

AVEL. Vamos allá. (Sale por el fondo trás de Benito, acompañados de Ramón, Octavio los observa complacido.)

ESCENA VIII

OCTAVIO, luego GUADALUPE

OCT. Pues, señor, siento no haber llamado antes á esta familia. Cuánto más distraído lo hubiera pasado... ¡Cuidado que está bonita Guadalupe; qué talle, qué ojos!... No esperaba yo verla tan seductora; y sin poderlo remediar tengo envidia á su marido. ¡Ah, si yo hubiera venido seis meses antes!...

GUAD. (Saliendo y tratando de volverse al verle.) ¡Ay, dispense usted!

OCT. No te vayas. Ven. ¿Te causo recelo? (Cogiéndola la mano.)

GUAD. No, señor, nada de eso.

OCT. Entonces, ¿por qué te ibas?

GUAD. Por temor de incomodar á usted...

OCT. ¡Usted, usted! ¿Por qué no me tuteas, como antes?

GUAD. Es que...

OCT. ¿Tienes reparo, porque estás casada?

GUAD. Sí, por eso...

OCT. Y qué tiene que ver para... Además, ahora no está presente tu marido.

GUAD. Bien, como quieras...

OCT. Así me gusta. Vaya, siéntate, y juntos recordemos aquellos días alegres en que tanto hemos diableado por ese jardín. (Se sientan.)

GUAD. Ay, yo he tenido un placer singular al volver á pisar esta casa.

OCT. Como yo al verte; aunque no te he olvidado nunca en París.

GUAD. ¿De veras?

OCT. Ya lo creo; tanto, que al venir traía la ilusión de encontrarte soltera, y entonces..

GUAD. Octavio...

OCT. Pero me han ganado por la mano. ¡Cómo ha de ser!...

GUAD. ¡Sí, cómo ha de ser! (Suspirando.)

OCT. Pero, vamos á ver, ¿cómo te has casado?

GUAD. Pues... como se casa todo el mundo.

OCT. Bien, ¿pero dónde conociste á tu marido?

GUAD. ¿A Benito?

OCT. No, mujer, tu marido.

GUAD. (¡Se me escapó!) Sí, sí; ¿á Avelino? Pues nos vimos por primera vez, en un baile del Círculo Mercantil. Allí estaba él repartiendo sorbetes y dulces... y á mí, me dió un pisotón.

OCT. ¿Los repartía también?

GUAD. No, fué sin querer. Yo dí un grito, porque me hizo ver las estrellas; á él se le escapó la bandeja, y todos los sorbetes fueron á parar á la falda de mamá. Figúrate cómo se quedaría...

OCT. ¡Pues, tan fresca!

GUAD. Pasmada, por el pronto. En seguida empezó á dar gritos y se armó tal confusión que hasta paró la orquesta, porque los que bailaban perdían el compás.

OCT. Pero Avelino...

GUAD. Echó á correr y se escondió en el tocador. Yo me desmayé, y me llevaron también allí. Cuando recobré el sentido me pidió perdón; yo, claro, le perdoné, me besó la mano, y en esto entró mamá, que se puso hecha una furia, y le dió una tarascada.

OCT. ¡Vaya un lance! Sigue.

GUAD. Pues nada; Avelino logró calmarla, á fuerza de prometerla llevar él mismo el vestido al tinte. La pidió permiso para sacarme á bailar, bailamos... y entró en casa.

OCT. ¿Bailando?

GUAD. ¡Qué ocurrencia!

OCT. ¿Y os casastéis en seguida?

GUAD. A los tres meses. Mamá se aburría de hacernos la guardia todas las noches, y eso que Avelino llevaba el acordeón, y en cuanto entraba se ponía á tocar, porque mamá se dormía oyéndole.

OCT. ¡Ah, picarón!

GUAD. Gracias á eso podíamos hablar con libertad.

OCT. Me lo figuro. Y habría aquello de «¿me quieres, Guadalupe?» (Con intención.)

GUAD. Mucho... es decir, muchas veces.

OCT. Y de vez en cuando, un abracito así, ¿eh? (Abrazándola. Benito aparece por el fondo y lo ve.)

ESCENA IX

DICHOS y BENITO. A poco ANACLETA, AVELINO y RAMÓN, luego dos criados

BEN. (¡Caracoles!)

GUAD. (¡Benito!) (Se levanta.)

OCT. ¿Hola, qué tal? ¿Le ha gustado el pabellón?

BEN. Sí, señor; y los perros, en cuanto me han visto, me han soltado unos vivas...

OCT. Já, já; no tenga usted cuidado; atados no se meten con nadie.

RAM. (Apareciendo por el fondo, seguido de dos criados que traen la mesa servida.) El señor está servido.

OCT. ¡Santa palabra! á la mesa. (Aparecen Avelino por el fondo y Anacleta por la primera derecha. Octavio y Ramón junto á la mesa.)

BEN. (A Guadalupe.) ¿Te estaba abrazando?

GUAD. ¿A mí? No he reparado. (Con ingenuidad.)

ANAC. (A Avelino.) Sé prudente, no vaya ese á meter la pata.

AVEL. Descuide usted. (Ya me entendí con Ramón y podemos estar tranquilos).

OCT. Vamos; Guadalupe á mi lado. Avelino junto á su mujer, como es natural. Anacleta aquí y Benito á su lado. ¿Les parece bien?

AVEL. Divinamente; ¿verdad primo? (Colocados dando frente al espectador. Octavio enmedio, Guadalupe á su derecha y Anacleta a su izquierda. Octavio y Avelino en los costados. Los criados traen los platos que Ramón presenta luego en la mesa. Este observa cómo Benito mira á Guadalupe, y Avelino inquieto porque hablan aparte.)

BEN. Sí. (¡A que le estampo un plato!)

ANAC. (A Benito aparte.) ¡Prudencia! ¡No te escurras!

BEN. No sé si la tendré.

ANAC. Aguanta, hombre, hasta mañana.

BEN. (¡Si no fuera por la dote!..)

RAM. (Con razón se escama el marido del primo. ¡Vaya unos ojos que le echa á la señorita Guadalupe!)

OCT. No sé si les agradará la comida. Me he acostumbrado á la cocina francesa, y...

AVEL. Precisamente es mi favorita.

ANAC. Yo como de todo en viendo el plato.

OCT. ¿Y Guadalupe?

AVEL. A esta le gusta todo lo que á mí me gusta. (Durante la comida, Benito procura alcanzar con el pié á Avelino por delante de la mesa á fin de darle puntapiés.)

OCT. La comida francesa es menos positiva que la española, pero resulta muy variada.

AVEL. ¡Ah! Es la cocina de los príncipes, indiscutiblemente. Donde está una pechuga á la *Mariscala* ó una ternera á la *Gran D'Aumont*...

OCT. Y el pavo al *Jai-Alai*... (Ríe.)

AVEL. Boca abajo nuestros pucheros.

OCT. ¡Já, já! ¿Y qué tal encuentra usted estos *escalopes*?

AVEL. ¡Oh, muy bien... *escalopados*. ¿Verdad, Guadalupe?

BEN. (¡Yo no paso bocado!)

OCT. Benito, ¿usted no come?

BEN. Tengo poco apetito.

OCT. Sentiría que por haberse quedado se hallase usted molesto.

BEN. No, señor; nada de eso.

RAM. (Está preocupado, no hay duda. ¡Y ella le mira demasiado! ¡Canario! ¡Estaría bueno!) (Ramón sirve otro plato.)

OCT. (Sirviéndola.) Guadalupe, ¿te gusta la lubina?

ANAC. (A Benito.) Come, hombre, come.

BEN. (Lo que me voy á comer es á su sobrino de usted, en cuanto salgamos de aquí.)

AVEL. (A Octavio.) ¿A la tártara, eh?

OCT. Sí. Y tiene buena cara. Benito, el plato.

BEN. Muchas gracias, no.

ANAC. Anda, hombre, si á tí te gusta el pescado aliñado así, con... tártaro emético.

RAM. (¡Ave María Purísima!) (Octavio le sirve y se decide á comer. Guadalupe y Avelino hablan aparte.)

OCT. Está visto que no se anima. Mire usted sus primos. Parecen dos tórtolos. No cesan de arrullarse.

AVEL. No es extraño. Como somos recién casados...

OCT. Bien hecho. A mí me gusta ver que los maridos parezcan siempre amantes de sus mujeres.

AVEL. Lo que es yo, le juro á usted que seré toda la vida el amante de Guadalupe. (Benito, al oirlo, se atraganta.)

OCT. ¿Qué es eso?

ANAC. Bebe, hombre, bebe.

OCT. Vino, Ramón, vino... ¿Se atravesó alguna espina?

BEN. Ya, ya pasa.

AVEL. Hombre, ten cuidado. Acuérdate de aquellas máximas que aprendimos en el colegio:

Siempre que comas pescado,
con la espina ten cuidado.

—

Una espina de besugo,
pudiera ser tu verdugo.

(Con tonillo de colegial.)

OCT. No fué nada, vamos. Es la cosa más fácil atragantarse.

ANAC. Y este que tiene tan pocas tragaderas... ¡Ay! (Al recibir un pisotón, que la da Benito airado.)

GUAD. ¡Mamá!..

AVEL. ¿Otra?
OCT. Beba usted.
ANAC. No, si ha sido... un calambre. (¡Qué bestia!)
BEN. (¡Yo me he de desahogar!)
OCT. Y á todo esto, Benito ¿es casado ó soltero?
BEN. ¿Yo?.. Yo era casado, pero ahora... no sé lo que soy. (Mirando á Avelino, que se ríe á hurtadillas.)
OCT. ¿Cómo, cómo es eso?
ANAC. Quiere decir que es viudo.
OCT. ¡Ah! ¿Es viudo?
BEN. Sí, señor; una cosa así.
OCT. No comprendo...
ANAC. Quiere decir que está á punto de volver á casarse.
OCT. ¡Hola! ¿Y la futura?...
GUAD. Le quiere mucho, pero le encuentra algo celoso.
ANAC. Sí, muy celoso, y en eso lleva razón.
OCT. ¡Caramba! Ese es un defecto del que debe usted corregirse.
BEN. (¡Me van á hacer que estalle!)
GUAD. ¡Está furioso! (Bajo á Avelino.) ¡Se lo estoy conociendo!
AVEL. (Mira, es un ordinario, y así, ¡que rabie!) ¡Toma! (Ofreciéndola una aceituna que Guadalupe rechaza.)
OCT. Aprenda usted de estos. ¿Sigue el tortoleo?
AVEL. Me está desairando.
GUAD. Si no quiero aceituua.
AVEL. Vaya, tómala.
BEN. (¡Si la toma, la armo!) (A Anacleta.)
ANAC. Avelino, déjala; no seas posma.
GUAD. Te he dicho que no. ¡Qué pesado!
OCT. (Bromeando.) Ay, que se van á poner de monos...
RAM. (El señorito se divierte.)
OCT. Vamos, no enfadarse. Avelino, un buen marido no debe disgustar á su mujercita.
AVEL. Para que vea usted; cedo.
OCT. Muy bien. Ahora, para contentarla, déla usted un abrazo, y pelillos á la mar. (Avelino lo intenta y Guadalupe lo esquiva.)
GUAD. No, no...

OCT. Si yo lo permito.

BEN. ¡Eso sí que no! (Levantándose impetuoso.)

ANAC. (¡Ay, Dios mío!)

OCT. ¿Por qué?

BEN. Pues, por...

ANAC. No, que no la abrace. Este, en cuanto vé que abrazan á su prima, le dan unos ataques... sí, se vuelve loco de la cabeza. (Benito vuelve á sentarse.)

OCT. ¡Caramba, qué rareza! (Mirando á Avelino y Guadalupe.)

AVEL. Pchs... debilidades. Yo tengo un pariente por el estilo. No puede ver, por ejemplo, una escena de amor en el teatro, porque en seguida la emprende á bofetadas con los acomodadores.

OCT. Hombre, pues tendrá que ver.

AVEL. ¿Sí? Lo que hay que hacer es llevarle en seguida al puesto del agua y meterle de cabeza en la tinaja. Así es como se calma.

BEN. (¡Me está tomando de pito!)

OCT. Será un compromiso ir con él al teatro.

AVEL. ¡Figúrese usted! Yo, cuando le acompaño, lo primero que hago es advertir á los bomberos.

BEN. (A Anacleta.) ¡Lo mato, lo mato!

ANAC. (¡Disimula, hombre!...)

OCT. ¿Qué es eso, Guadalupe, te sientes mal?

GUAD. No; quisiera retirarme á descansar.

OCT. Vaya, pues, libertad sobre todo. (Se levantan todos. Ramón y los criados retiran la mesa.)

BEN. (Yo no puedo aguantar más.)

ANAC. (Ahora va á ser ella.)

OCT. Ya sabe usted, Anacleta; mañana á primera hora... Pero, nos veremos antes de marcharse.

ANAC. Sí, señor, sí. (Guadalupe se acerca á Benito. Anacleta habla con Octavio.)

BEN. (Mira, tú verás lo que haces. A ese, mañana lo estropeo. Por de pronto, tú, duerme con tu madre.)

AVEL. (¿Qué la dirá? ¡Debe estar bramando!)

GUAD. Descuida, no me acostaré. Cuando todos se hayan dormido, yo te aguardaré aquí, en esta sala. (Ramón los escucha sorprendido.)

BEN. Bueno, yo vendré.
RAM. (¿Eh? ¿Qué tal?)
ANAC. Vaya, vamos, Guadalupe. (A Benito.) Tú, ¿ya sabes el camino?
BEN. Sí, señora, sí. (¡Que tenga usted ojo!)
ANAC. Vete tranquilo.
BEN. Pues, buenas noches.
OCT. Adiós, Benito.
AVEL. Abur, primo.
BEN. (¡Mañana feneces!) (Vase por el fondo.)
ANAC. Y GUAD. Buenas noches. (A Octavio. Vánse segunda derecha.)
OCT. Adiós, Guadalupe.
AVEL. Señor conde, con su permiso...
OCT. Vaya usted con Dios, amigo. Y... ahora que no está el primo presente, desquítese usted.
AVEL. Ya, ya. (¡Ahora, mi tía me saca los ojos!) (Vase segunda derecha.)

ESCENA X

OCTAVIO y RAMÓN

RAM. Esta noche la pasa el señor más distrído.
OCT. Ya lo creo. Me han divertido sobremanera, especialmente Benito.
RAM. La más simpática es la señorita Guadalupe.
OCT. Más que simpática; ¡adorable! Me alegro de marcharme, porque si no... Me va interesando sin poderlo remediar. Me seduce, sobre todo su aire candoroso, inocente... (Ramón ríe.) ¿De qué te ríes?
RAM. Perdone usted, señor. Me río del candor de la señorita Guadalupe.
OCT. ¿Cómo? ¿Sospechas algo?...
RAM. (Con misterio.) No sospecho; aseguro que, gracias á mi buena oreja, la he oido dar una cita á su primo Benito, para cuando su marido esté durmiendo. Si esto es inocencia...
OCT. ¡Demontre! ¿Una cita?
RAM. En esta sala.
OCT. ¡Tú estás loco!
RAM. ¿Loco? Al ver á la señorita Guadalupe, la

creí, como usted, muy inocente; pero ciertas señas que noté entre ella y su primo me dieron que sospechar. Cuando se levantaron de la mesa vi que hablaban bajo, me acerqué con disimulo y oí bien claro que ella le ha prometido venir cuando estemos todos durmiendo.

OCT. ¡No vuelvo de mi asombro!

RAM. (¡Fíate de la Virgen y no corras!)

OCT. Ahora me explico por qué Benito parecía tan contrariado...

RAM. Como yo, que el señorito Avelino me haya encargado, cuando volvíamos del pabellón, que cierre bien estas puertas y suelte los perros. ¡Digo, la cosa no trae malicia!

OCT. Sí, ¿eh? ¡Pues ciertos son los toros!

RAM. (¡Lo más cierto son los dos duros que me ha largado!)

OCT. ¡Y yo que me hubiera creído criminal hablándola de amor!... Pero si es increible que ese estúpido...

RAM. Pues si usted quiere, fácil es convencerse.

OCT. ¿Cómo?

RAM. Muy sencillo: viniendo usted á la cita en lugar del primo. Como no habrá luz, la señorita le tomará á usted por él, y podrá juzgar por sí mismo hasta qué punto engaña á su marido.

OCT. Hombre, eso no me parece regular.

RAM. Eso se lo puede usted decir á ella. Y después de todo, será un favor el que la haga usted, y á su marido, ¡no digamos!...

OCT. Mira, pienso que tienes razón.

RAM. Entonces, manos á la obra. Retirémonos, á fin de que la señorita crea que estamos ya durmiendo.

OCT. Sí; pero hay que impedir que venga Benito.

RAM. Sí, yo estoy encargado de eso. Ahora mismo suelto los perros.

OCT. Bueno. Yo me voy á mi cuarto. ¡Si es cierto... qué sorpresa! (Vase primera izquierda.)

RAM. Pues, apaga y vámonos. (Apaga las luces.) Ahora voy á cortarle el paso al primito. (Vase por el fondo y cierra la puerta.)

ESCENA XI

GUADALUPE, OCTAVIO y después BENITO

GUAD. (Entreabriendo la puerta.) Está obscuro. Benito no tardará. (Sale.) ¡Pobrecillo, está pasando las de Caín esta noche! Y Avelino parece que lo hace aposta para soliviantarle. ¡Dios mío!... ¿Se habrá oido? (Dando un tropezón con una silla.)

OCT. (Apareciendo y escuchando.) ¡Hola! por ahí anda. (Sale y recorre junto á la pared la escena, hasta llegar á la puerta del fondo. Guadalupe anda á tientas por el centro.)

GUAD. ¡Jesús, me late el corazón de una manera!...

OCT. El caso, ahora, es que no grite al sentirme. (Avanzando hácia ella.)

GUAD. ¡Ah!... (Escuchando los pasos.) ¿Benito, estás ahí? (A media voz.)

OCT. (¡Caspitina, era cierto!...)

GUAD. Aquí estoy. (A media voz.)

OCT. (Fingiéndose Benito y á media voz.) Yo también.

GUAD. Ven, sentémonos; no tengas cuidado, que mamá se ha dormido.

OCT. (¿Eh? ¡La mosquita muerta!...) (Se sientan en un sofá.)

GUAD. Vamos, ¿estás enfadado?

OCT. No.

GUAD. Avelino es un impertinente, y no sé por qué le haces caso.

OCT. Tengo celos.

GUAD. ¡Tonto! si yo te quiero á tí sólo. Ya ves, delante de Octavio no he tenido más remedio que aparentar otra cosa.

OCT. (¡Si no lo oyera, no lo creería!)

GUAD. ¿Qué te ha parecido Octavio?

OCT. No me hables de él; también me escama.

GUAD. ¡Qué ocurrencia! ¿Crees tú que se ocupa de mí?

OCT. No sé.

GUAD. Vaya, no seas mal pensado. Tu Guadalupe no quiere á nadie más que á tí. Estoy de-

seando volver á casa, para devolverte la tranquilidad.

OCT. Sí, pero mientras... (Benito aparece por el fondo, avanzando sigilosamente y á tientas en dirección del sofá.)

BEN. (Pues si no llego á quedarme escondido en la galería, me parece que no entro en la casa. He sentido echar la llave á la puerta cuando Ramón ha salido.)

GUAD. ¿Estás contento? (A Octavio que la estrecha la cintura.)

OCT. Sí... (Algo se pesca.) (Benito llega por detrás del sofá, y como lleva las manos extendidas, apoya una en la cabeza de Octavio y otra en la de Guadalupe. Esta cree que es la de su marido y Octavio que es la de Guadalupe, lo que manifiesta agradarle.)

BEN. (¡Qué es esto!)

OCT. ¿Me quieres?

GUAD. Mucho...

BEN. ¡Caracoles! (Cogiéndoles, nervioso, un puñado de pelo. Octavio escapa hácia la izquierda.)

GUAD. ¡Benito! ¿Qué te ha dado? ¡Que me despeinas!

OCT. (Gran Dios. ¿Quién me toma el pelo?)

GUAD. Ven, no te vayas...

BEN. ¿Con quién estabas?

GUAD. ¡Pero, hombre!... ¿Y tú me lo preguntas?

BEN. ¡Doña Anacleta! ¡Luz! ¡No te escapas, no; voy á beberme tu sangre! (Persiguiendo á Octavio, suponiéndole Avelino.)

GAUD. ¡Jesús, se ha vuelto loco!...

OCT. (Peor para él.) (Aparece Ramón por el fondo con un quinqué encendido y Anacleta por la derecha con una palmatoria.)

ESCENA ULTINA

DICHOS, RAMÓN y ANACLETA, después AVELINO

RAM. (Llegando por el fondo.) ¡Hágase la luz!

OCT. ¡Alto, señor mío!

ANAC. (Llegando por la derecha.) ¿Qué pasa, Guadalupe?

BEN. ¡Mi mujer me engaña!

GUAD. Benito...

OCT. Y RAM. ¡Su mujer!

ANAC. (¡La soltó!) (Ramón habla aparte con Benito, que se muestra confuso.)

OCT. ¿Qué significa esto? (A Anacleta.)

ANAC. Perdóneme usted. Como Benito estaba fuera de Madrid cuando recibí el telegrama y usted decía que viniese también el marido de Guadalupe, yo, por si era necesario para tomar la dote, presenté á mi sobrino en su lugar.

OCT. Pero, una vez que Benito estaba aquí, ¿á qué engañarme?

ANAC. No me atreví á decir la verdad, por temor de que usted se enfadase.

OCT. Luego, Avelino...

BEN. Es un tunante. En cuanto lo coja...

RAM. Anda, anda; así me recomendó tanto que lo *enchiquerara* á usted bien.

ANAC. El sí que está *enchiquerado*. Le encerré en mi habitación y de ahí no sale hasta mañana.

OCT. ¡Es chistoso! Y yo que sabía la cita de Guadalupe, creyendo que usted era un primo y nada más, vine á impedir...

BEN. Sí, lo comprendo. Pero, á obscuras creí... Si yo hubiera sabido que era usted...

AVEL. (Dentro.) ¡Chucho! ¡Ay! ¡Socorro! (Se oyen furiosos ladridos de los perros y voces lastimeras de Avelino. Este entra por el fondo precipitadamente, descompuesto, yendo á esconderse tras de doña Anacleta. Octavio al verle ríe á carcajadas.)

GUAD. ¡Avelino!...

ANAC. Pero, muchacho... ¿Por dónde has salido?

AVEL. ¡Ay! por la ventana... Y esos malditos perros han hecho conmigo una perrada. (Entre doña Anacleta y Octavio le atienden.)

BEN. ¡Hombre, me alegro! Bien merecido lo tienes.

RAM. (Acercándose.) Señorito, usted se habrá hecho cargo de que yo he cumplido...

AVEL. Sí, y los perros también... la presidencia acertada, y yo, rascándome...

BEN. Pero, oye: (A Guadalupe.) ¿te estaba abrazando?

GUAD. ¿Otra vez? Te digo que no lo he reparado. (Con ingenuidad.)

ANAC. (Al público.)

Si consiguió el juguete
ser de tu agrado,
humildemente pido
vuestros aplausos.
Nada te cuesta,
dar ese testimonio
de tu indulgencia.

TELON

OBRAS DE LUIS COCAT

Las citas de Carlota, juguete cómico.
De vuelta de Argel, zarzuela cómica.
El Doctor Falopini, sordera cómica.
Les amis sont les amis..., juguete cómico lírico.
La Reunión de candil, zarzuela cómica.
En el Viaducto, pasillo cómico-lírico.
Sobre las tejas, humorada cómico-lírica.
Oídos á componer, juguete cómico-lírico.
Platos del día, revista cómico-lírica en varios cuadros.
R. R. O., monólogo apropósito.
Por la culata, juguete cómico-lírico.
El chiripero, idem, id., id.
Cajón de sastre, revista cómico-lírica en varios cuadros.
Pisto manchego, idem, id., id.
La gorra de Gómez, juguete cómico-lírico.

OBRAS DE HELIODORO CRIADO

El correo interior, juguete cómico.
Cosas de España, revista cómico-lírica en dos actos.
A Capellanes, apropósito.
Sitiado por hambre, juguete cómico-lírico.
Noche-buena, idem, id., id.
La Patti y Nicolini, idem, id., id.
Un loco hace ciento, idem, id., id.
Sin contrata, idem, id., id.
La caricatura, juguete cómico.
Monomanía teatral, juguete cómico-lírico.

DE LOS MISMOS (en colaboración)

A toda vela, zarzuela en un acto.
La velada de Benito, boceto cómico-lírico.
Como tres en un zapato, juguete cómico-lírico.
Nina, juguete cómico-lírico (2.ª edición).
Quedarse "in albis" juguete cómico-lírico.
Dos chicos en grande, humorada cómico-lírica.
¡*A la Exposición*! viaje cómico-lírico en cinco cuadros.
Papá-suegro, juguete cómico-lírico.
Arlequina, idem, id., id.
La barrica de oro, idem, id., id.
Un cero á la izquierda, juguete cómico.

PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9; Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Guttenberg, Príncipe, 14; Simón y Comp.ª, Infantas, 18; Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12; Viuda de Hernando, Arenal, 11; José María Jaquineto, Olivar, 1; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.
Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova de Carmo, 45 y 47.
Habana: Manuel Durán, Oficios, 40.
Buenos Aires: Landeira y Comp.ª, Libertad, 36.

ARCHIVO MUSICAL

Se facilita en venta y alquiler todo el repertorio de zarzuelas y óperas para grande y pequeña orquesta.

Greda, 15, bajo